

SOBRADO

Municipio perteneciente a la diócesis de Santiago delimitado por los de Curtis, al Norte; Guiriz y Friol, ambos ya de la provincia de Lugo, al Este; Toques y Melide, al Sur, y Boimorto y Vilasantar, al Oeste. Su capital se encuentra en la parroquia de A Porta y en el lugar del que toma su nombre el municipio, enclavado en el valle de Présaras, cerca del nacimiento del río Tambre, tierra rica en vestigios arqueológicos. Por sus proximidades discurre el Camino de Santiago, el "Camino do Norte", el que viene desde Oviedo por Ribadeo y pasa por Mondoñedo, hallándose también a no mucha distancia el Camino francés, el Camino de Santiago por antonomasia. Tomando como referencia As Corredoiras, en la C-540 de Betanzos a Melide, la distancia hasta A Coruña es de 69 km, y hasta Santiago, por Arzúa, de 55 km.

Monasterio de Santa María

FUE FUNDADO, dedicado al Salvador y Santiago y como dúplice, en el año 952 por los condes Hermenegildo y Paterna, padres del obispo compostelano Sisnando II. Fue su primera abadesa Elvira, desconociéndose el nombre de su primer abad. Como monasterio familiar que era, sus vicisitudes estarán íntimamente unidas a las de la familia fundadora. En 1060 Fernando I lo incorporó al patrimonio real, quedando abandonado, según refiere el P. Carbajo en el siglo XVIII, poco después de 1080. Años más tarde, en 1118, la reina Urraca y su hijo, el futuro Alfonso VII, lo entregan, con todas sus pertenencias, al

conde Fernando Pérez y a su hermano Bermudo. El primero y su esposa, Sancha, junto con su sobrina Urraca, hija de Bermudo Pérez, lo dan, el 14 de febrero de 1142, con el apoyo de Alfonso VII, al abad Pedro, incorporándose entonces, a través de la filiación de Clairvaux/Claraval, de donde venían él y la nueva comunidad, a la Orden del Cister, por entonces la gran dominadora del panorama monástico en Europa occidental. Fue Sobrado, según he demostrado cumplidamente en otras publicaciones, el primer monasterio fundado por la Orden del Cister en la Península Ibérica.



Panorámica exterior

Fue Sobrado también, merced a las numerosas donaciones recibidas de los fundadores y sus descendientes, de los monarcas y de particulares, la abadía más opulenta de Galicia y una de las más poderosas de la Península. De ella, por fundación o afiliación, dependieron otros cenobios, alguno tan importante como Monfero (A Coruña) o Valdediós (Asturias). No se vio libre, sin embargo, de la crisis que todo el monacato conoció en los siglos bajomedievales. La superará incorporándose en 1498 a la Congregación de Castilla (fue la primera Casa gallega que dio ese paso). En ella y durante las centurias de la Edad Moderna conocerá de nuevo momentos de esplendor.

En 1835, como consecuencia de la Desamortización, cesará la vida monástica en Sobrado. Tras múltiples peripecias, imposibles de detallar aquí, se retomará en 1966: el 7 de octubre de este año fue erigido canónicamente el nuevo monasterio por Dom Ceferino García Rodríguez, abad de Viaceli, cenobio cisterciense ubicado en Cantabria, del que procedían los monjes que por tercera vez en algo más de mil años emprendían en Sobrado un proyecto de vida comunitaria.

La integración en la Congregación de Castilla supuso para Sobrado, al igual que para los demás monasterios, el inicio de un proceso de cambios que repercutió, inexorablemente, en las dependencias que lo conformaban, incluida en este caso también la iglesia. Pese a la entidad y espectacularidad de lo construido (Sobrado es uno de los grandes complejos monásticos peninsulares), quedan todavía hoy en el recinto restos lo suficientemente significativos como para, combinados o analizados a la luz de lo que cabe deducir de las referencias documentales, de los paralelos ofrecidos por otras Casas de la Orden y de las normas genéricas de ésta en materia edificatoria, intentar una aproximación muy verosímil a las particularidades de las dependencias auspiciadas, promovidas y ejecutadas también por los monjes ultrapirenaicos que tomaron posesión del lugar en el mes de febrero de 1142.

La iglesia actual de Sobrado, iniciada, según el testimonio del P. Carbajo, en la primera mitad del siglo XVII en sustitución de la medieval precedente, se construyó, en esencia, en la segunda parte de aquella centuria. Fue terminada en 1710. En su materialización fue decisiva la intervención de Pedro Monteagudo, a quien sucederá, tras su fallecimiento en el año 1700, Domingo de Andrade. Antes, sobre todo a finales del siglo XV, según se desprende de la documentación conocida, ya había sufrido intervenciones de cierta entidad. No llegaron éstas a desnaturalizar, sin embargo, el esquema de la antecesora, pues la huella de esta empresa todavía se perpetúa en la actual, levantada, por cierto, a medida que se iba derribando la

fábrica anterior. Exhibe la abacial que hoy vemos, tanto en planta como en alzado y pese a lo aparatoso de su vocabulario constructivo y decorativo, una concepción planimétrica (predominio de líneas y ángulos rectos) y espacial (ámbitos encajonados, compartimentados) de inequívoca progeie medieval, "muy cisterciense", como se ha dicho ya en alguna ocasión. No es difícil ver en ella una supeditación a las pautas generales de la precedente, emprendida a partir del entorno del año 1150 por Alberto, un religioso, no sabemos si monje o converso, *faber*, integrante de la comunidad fundacional cisterciense de Sobrado, llegado, pues, de Claraval, en Borgoña, conocido por haber sido curado milagrosamente de una grave enfermedad por intercesión de san Bernardo a petición de Pedro, primer abad cisterciense de nuestra Casa. Este milagro, acaecido antes de 1151, año en el que fallece ese primer superior, tuvo que ser conocido y muy valorado en su tiempo, pues se incorporó a la *Vita Prima* de Bernardo (Libro IV, Cap. VI), un relato, cuya secuencia precisa no interesa ahora, comenzado a preparar en vida del propio superior claravalense para promover, tras su fallecimiento (se produjo el 20 de agosto de 1153), su rápida canonización (tuvo lugar en 1174).

Venido, pues, de la Casa madre, de Claraval, no resulta aventurado suponer que la misión de Alberto, *faber*, recordémoslo, sería análoga a la de otros monjes o conversos de la Orden expertos en construcción, enviados por los superiores a las nuevas fundaciones o afiliaciones para trazar los planos y dirigir las obras de su iglesia y dependencias conforme a los esquemas y pautas de uso común dentro del Instituto monástico. Fue esta manera de actuar, el traslado de maestros de un lugar a otro, la que contribuyó decisivamente a la creación de una tradición arquitectónica inconfundible dentro de la Orden del Císter, en general, y dentro de la filiación de Claraval, sobre todo en tiempos de Bernardo, en particular.

No es difícil ver en el esquema que hoy exhibe Sobrado, pese a las modificaciones, la confirmación de la secuencia comentada. Ofrecería la iglesia de Sobrado, pues, al igual que la prácticamente coetánea de Claraval, aunque más reducida, una planta de cruz latina, con tres naves de cinco tramos (la existente muestra cuatro de distintas dimensiones, resultado de los reajustes exigidos por las particularidades de la nueva fábrica y, en especial, por la grandiosa cúpula que corona el crucero), transepto destacado y cabecera con capillas rectangulares, la central saliente (la actual es más profunda, fruto de una ampliación en fechas avanzadas del siglo XVIII), las extremas, sin duda dos por lado, visto el espacio disponible para su construcción, con seguridad cerradas a oriente por un mu-

ro común plano. Se detecta a la perfección esta solución en el costado sur, donde, embutidos, todavía permanecen buena parte de sus restos. Es su conservación, su no demolición, la que explica el enorme grosor del "muro" que hay que atravesar para ir desde el brazo meridional del crucero hasta la sacristía, acometida cuando todavía estaba en pie el templo medieval. En el lado opuesto, ocupa su emplazamiento la capilla del Rosario, obra excelsa de Domingo Monteagudo, concluida en 1673.

La primera iglesia cisterciense de Sobrado, por tanto, exhibiría la llamada comúnmente, desde los estudios de K. H. Esser en los años cincuenta del pasado siglo, "planta bernarda", denominada así tanto por haber sido adoptada para la iglesia de Claraval levantada durante la segunda parte de su mandato abacial (Claraval II), como por el favor que conoció en monasterios de su filiación (también en otras).

A diferencia de la planimetría, nada seguro podemos afirmar sobre el alzado del templo medieval. Determinados rasgos y soluciones presentes en el que contemplamos (repárese, en particular, en la presencia de bóvedas de cañón de eje transversal al del templo en los dos primeros tramos de las naves laterales o en el tratamiento de los pilares, concebidos como auténticas porciones de muro) permiten pensar que su organización era del tipo de la que, en Galicia, exhibe la abacial de Oia (Pontevedra), un modelo de inequívoca progenie borgoñona (lo vemos, por

ejemplo, en Fontenay y, aunque no haya hoy unanimidad al respecto, parece que fue también el que se adoptó en la iglesia de Claraval antes ponderada). Ofrecería, en consecuencia, una nave central con bóveda de cañón apuntado sobre fajones, las laterales más estrechas, con bóveda idéntica, pero de eje perpendicular al del templo, en cada uno de los tramos de los que se componían, lo que venía a convertir las, de hecho, en capillas individualizadas, por más que estuvieran comunicadas entre sí. El crucero mostraría en sus extremos también bóvedas de cañón agudo de eje transversal al del brazo principal, concibiéndose el tramo medio, verosímilmente, como una prolongación de la nave mayor, que así desembocaría, sin solución de continuidad, en la capilla central. Tanto ésta, de más porte, como las que la flanqueaban, dos por lado, se cubrirían con bóveda de cañón apuntado.

Un último dato ha de destacarse de esta iglesia de Sobrado: su cronología. Por la información de que disponemos, debió de ser iniciada poco después de la llegada de los monjes cistercienses al lugar y, en cualquier caso, tal como se dijo, antes de 1151, año en el que fallece el abad fundador, Pedro, quien solicitó a Bernardo su intervención en la cura del *faber* Alberto. Esta cronología, avalada también por otros datos documentales internos (en el monasterio se hallaban en el entorno de 1150 numerosos siervos *mauri*, alguno con la etiqueta profesional de *petrarius* o de

Panorámica exterior





Capilla de San Juan o de los Ordóñez

Capitel de la capilla de San Juan



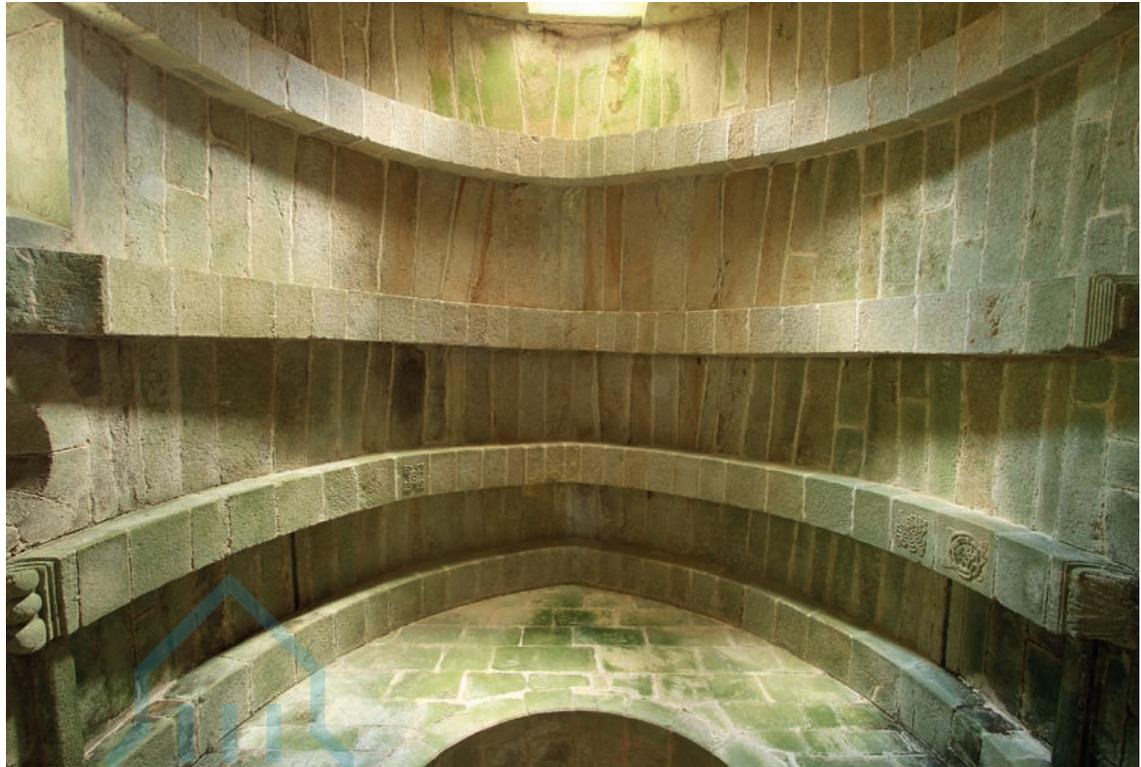
otras actividades fácilmente relacionables con la construcción, como herrero, carpintero o vidriero), hace de la iglesia de Sobrado, a tenor de la información de la que disponemos hoy, la primera abacial empezada a edificar de manera definitiva por la Orden en la Península Ibérica, la primera levantada conforme a sus severas prescripciones en materia de arquitectura monástica, la primera en adoptar el modelo codificado, sistematizado en Claraval alrededor de 1133-1135.

No parece casual la prioridad edificatoria de Sobrado en el contexto cisterciense peninsular. El que, según la más reciente investigación, Sobrado, tal como ya señalé, ostente también la primacía fundacional en ese mismo territorio, permite ver entre ambos fenómenos, el religioso y el constructivo, una relación causal: la rapidez en acometer las obras y las pautas que en ellas se seguían servirían para reforzar la significación del monasterio, convertido por todo ello en un modelo de las innovadoras prácticas que por entonces aportaba al mundo monástico la Orden del Císter, en general, y la abadía de Claraval con Bernardo al frente, en particular.

La renovación del templo de Sobrado en el siglo XVII —una de las grandes empresas peninsulares de su tiempo, sin duda alguna— nos impide conocer el alcance exacto de su impacto. De él, en esencia, sólo se conserva hoy, muy alterada así mismo por las reformas de tiempos posteriores, una capilla, la de San Juan o de los Ordóñez, adosada al hastial norte del crucero. Presenta esta estancia una sola nave rectangular, habiendo desaparecido en un momento impreciso la cabecera. Se cubre, la primera, con bóveda de cañón apuntado sostenida por cuatro arcos fajones de la misma directriz, de sección prismática. Solo uno, el segundo a partir de la entrada, exhibe decoración en el intradós de tres de sus dovelas, resultando particularmente interesante el motivo presente en la segunda, vista desde el costado oeste: un entrelazo simple que conforma una estrella irregular en la que se inscribe otra de cinco puntas, un motivo de evidente progenie musulmana, nada anómalo en un cenobio en el que desde mediados del siglo XII, como ya vimos, se documenta la presencia de *mauri*, alguno, retengamos el dato de nuevo, con el significativo título profesional de *petrarius*.

El primer arco de la capilla, el meridional, voltea sobre columnas con capiteles vegetales. Los otros tres lo hacen sobre ménsulas, todas con perfil de nacela, decoradas con diversos motivos, fitomórficos la mayoría.

Nada de interés, para el cometido de esta publicación, ofrece el exterior de la estancia, zona en la que apenas son visibles restos de origen medieval. Esta capilla, sin duda tosca, de escasa finura, tiene el interés enorme de ser el úni-



Bóveda de la capilla de San Juan

co testimonio más o menos coetáneo de la abacial medieval de Sobrado llegado hasta hoy. Dadas sus particularidades estructurales y decorativas, cabe datarla en torno a 1230, con posterioridad, pues, a la fecha verosímil de terminación de las obras de la iglesia comunitaria. Pese a que a lo largo del tiempo se le han adjudicado destinos dispares, tuvo siempre finalidad funeraria, un destino usual dentro de la Orden para las capillas emplazadas en el lugar que ella ocupa (repárese, en Galicia, en los casos de Oseira y Melón).

La incorporación de Sobrado, en 1498, a la Congregación de Castilla (fue el primer monasterio gallego que abrazó la reforma emprendida por Fray Martín de Vargas), conllevó, fruto del saneamiento económico que propició y como consecuencia también de la necesidad de adaptarse a unos nuevos usos y costumbres, el inicio de un proceso de remodelación constructiva que afectó tanto al claustro medieval como a las dependencias que se disponían a su alrededor, sin duda maltrechas también por el paso del tiempo. Frente a lo que aconteció en las restantes abadías gallegas, la documentación y los vestigios llegados hasta hoy nos indican que en Sobrado las obras de renovación y puesta al día de las viejas estructuras se habían iniciado antes de que la comunidad optase por incorporarse a la reforma normativa referida. Sorprende, por ello, no sólo que Sobrado conserve estancias, completas o en parte, pertenecientes al primitivo proyecto cisterciense, bien documentado en su esencia por el acta de la visita que

en 1492 hizo a la abadía el superior de su, por entonces, todavía Casa madre, Claraval (restos de la sacristía –parte de un muro y cinco ménsulas de cartelas superpuestas– y del refectorio –vestigios de las puertas con arco de medio punto que lo comunicaban con el claustro y la cocina, el primero moldurado, liso el segundo–, una puerta tapiada en el área de conversos, la sala capitular y la cocina, además de numerosos elementos fragmentarios –basas, fustes, capiteles, ménsulas– procedentes de las remodeladas o desaparecidas estancias medievales), sino sobre todo que ofrezca el conjunto de vestigios de ese tiempo de mayor entidad conservado en Galicia en los monasterios que en su día estuvieron integrados en la Orden del Císter.

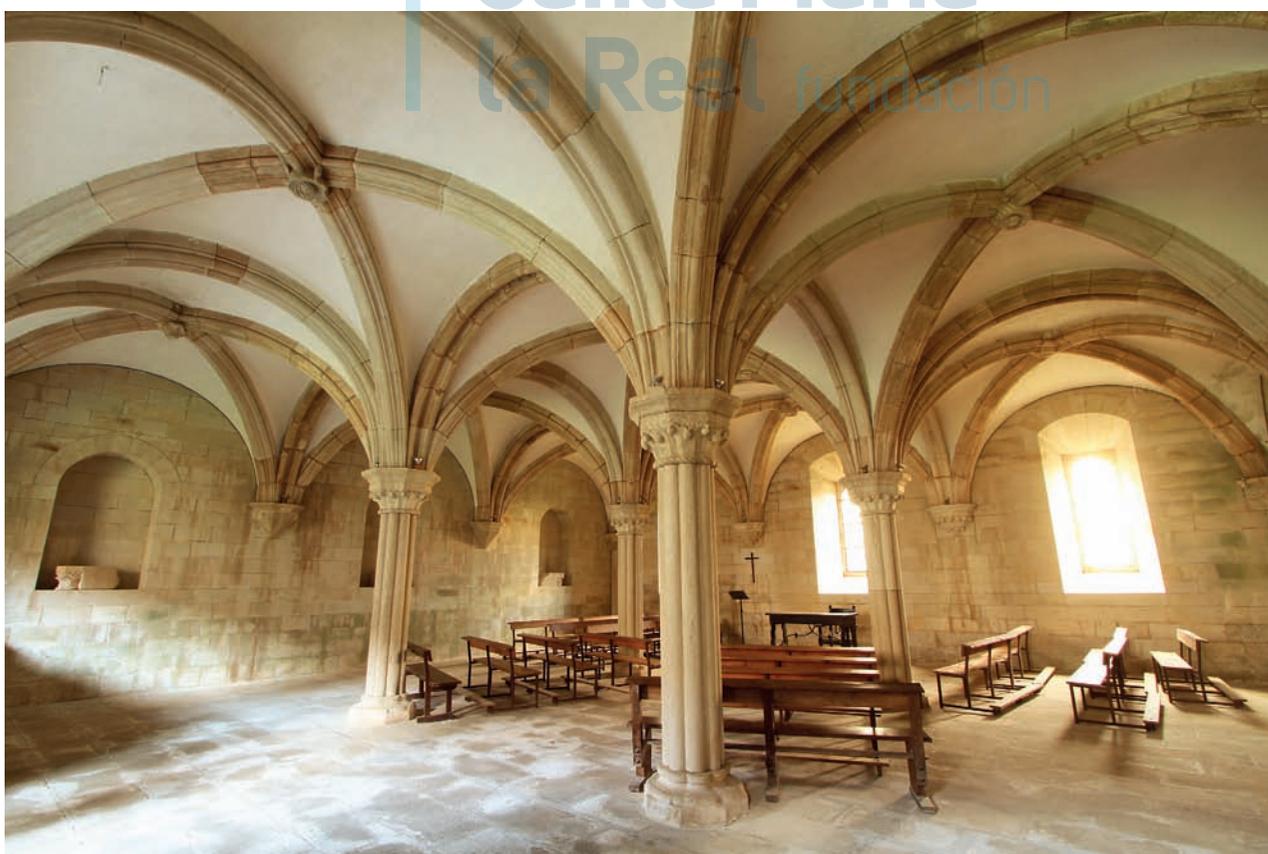
Todas las dependencias comunitarias, emplazadas en Sobrado al sur de la iglesia, se disponían, conforme a las normas, en torno al claustro. Éste, en obras en 1213, sin que podamos averiguar hoy desde cuándo exactamente, tenía planta rectangular, más larga por los lados este y oeste que por los ubicados al sur y el norte. Se infiere esa configuración, mantenida en el claustro procesional actual, del emplazamiento de la cocina medieval en su ángulo suroccidental, “canónico” en la planimetría tradicional de un monasterio cisterciense. Esta estancia, pese a las reformas que sufrió a finales del siglo xv, conserva en lo esencial sus rasgos de origen. Posee planta cuadrada y se divide en nueve tramos mediante cuatro gruesas columnas que delimitan el ámbito destinado a hogar, el central,



Acceso a la sala capitular

Santa María

la Real fundación

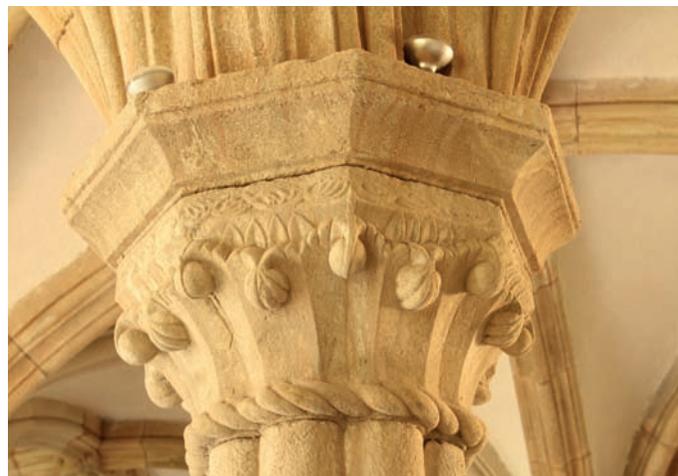


Interior de la sala capitular

coronado por una campana de grandes dimensiones. Los espacios que lo rodean, ocho, se cubren con bóveda de crucería cuatrimpartita, con claves decoradas con florones, única concesión al ornato en una estancia dominada por el rigor formal y la austeridad, pautas, conviene no olvidarlo, consustanciales a la praxis de la Orden en estancias como la que nos ocupa. Fechable en torno a 1230, es obra de un maestro foráneo, vinculable a empresas ultrapirenaicas, del norte de Francia o de Borgoña, región en la que se halla Claraval, la casa madre de Sobrado. Es, por otro lado, uno de los escasos ejemplares de cocina de tiempos medievales conservado hoy en abadías cistercienses peninsulares.

La otra estancia que merece atención del complejo de Sobrado es la sala capitular. Se sitúa en el lugar tradicional, en el costado de nacimiento del claustro procesional. Fue levantada casi *a fundamentis*, a partir del año 1963, en el transcurso de los trabajos de recuperación del complejo llevados a cabo, bajo la dirección de Francisco Pons-Sorolla, como consecuencia de la decisión de repoblar el viejo recinto con una nueva comunidad cisterciense. En la reconstrucción se emplearon numerosos elementos conservados in situ, procedentes de la estancia anterior, no desentonando junto a ellos los nuevos, fácilmente reconocibles, por lo demás, mereciendo ser reseñado que se hubieran tomado como referencia en el proceso soluciones y elementos presentes en otras empresas de la Orden más o menos coetáneas, alguna, como es el caso de la sala capitular del berciano monasterio de Carracedo (León), indudablemente emparentadas con la que nos ocupa desde el punto de vista estilístico-formal.

La sala, en su ordenación general, responde a pautas usuales en tales dependencias dentro de la Orden. Se abre al claustro, en su frente occidental, por medio de tres vanos. Los laterales son simples, sirviendo el central de entrada a la estancia. Cada uno de los vanos se cierra con cuatro arquivoltas semicirculares de organización análoga: todas exhiben una vistosa combinación de molduras cóncavas y convexas lisas. Voltean sobre semicolumnas entregas, pareadas las de los arcos menores, acodilladas y simples las de los restantes. Los capiteles son todos de tipo vegetal, la mayoría con una sola fila de hojas, algunos, los menos, con dos. Este espacio, en su interior, de gran amplitud y vistosidad, presenta planta cuadrada, dividida en nueve compartimentos iguales por medio de cuatro pilares centrales, un esquema de uso muy frecuente en la Orden. Cada uno de los tramos se cubre con bóvedas de crucería cuatrimpartita, con nervios de perfil triangular (un toro enmarcado por nacelas, uno y otras lisas), la mayor parte con grandes florones en la clave. Tanto los nervios como los arcos que delimitan los tramos descansan, en los muros perimetrales, en ménsulas



Capitel de la sala capitular

empotradas, la mayor parte en forma de pirámide invertida, disponiéndose para esa misma misión de soporte, en los ángulos de la estancia, columnas acodilladas.

En el centro de la sala, por su parte, los arcos y los nervios se apoyan en los cuatro pilares ya citados. Se montan en un basamento octogonal, sin ornato, y constan de haces de ocho columnas (una por cada uno de los arcos que en ellos se apoyan), con basas áticas, alguna con garras, fustes lisos y capiteles, uno por cada soporte, de grandes dimensiones, con astrágalo semicircular y cuerpo, con ornato vegetal, poligonal, de ocho lados, en consonancia con el número de arcos y nervios que voltean sobre cada uno de ellos.

Las particularidades de la sala –tipo de ménsulas, modelo de pilar o molduración de arcos y nervios–, similares a las utilizadas en empresas borgoñonas o de ellas derivadas, permiten pensar en esa región francesa, cuna de la Orden, según vengo refiriendo, como el lugar de su procedencia, con toda probabilidad fruto de la presencia en Sobrado de un artista allí formado. Su actividad se detecta también en la sala de igual función del monasterio berciano de Carracedo, pudiendo ser datada la que ahora nos ocupa hacia 1200 o en el arranque del siglo XIII, no muy lejos, pues, de 1213, año en el que sabemos que se estaba trabajando en el claustro.

En el monasterio y en la cercana iglesia de San Pedro da Porta (su nombre perpetúa el de la capilla para forasteros usual en los complejos de la Orden, ubicada siempre en las proximidades de la puerta de ingreso –de ahí justamente su denominación– al recinto monástico, de acceso restringido, sobre todo en tiempos medievales) se conservan numerosas piezas, de carácter muy dispar, procedentes de las distintas dependencias que el monasterio poseyó a lo largo de su densa historia. Buena parte de esos restos



Capitel descontextualizado



Ménsula descontextualizada



Capitel descontextualizado

(basamentos, ménsulas, fustes, capiteles, dovelas de arcos y de nervios) proceden de los siglos XII-XIII, la etapa en la que se funda y consolida como cisterciense el monasterio de Sobrado (hay también algún modillón de rollos del complejo comunitario del siglo X). A su valor intrínseco como testimonio del pasado, unen el interés de ofrecer referencias muy claras para el análisis del impacto ejercido sobre su entorno, no sólo el más próximo, por las formulaciones constructivas y, sobre todo, decorativas utilizadas por entonces en sus dependencias.

Texto: JCVP - Fotos: JNG

Bibliografía

ALCÁNTARA, F. J., 1965; ARCÁIZ, G. de, 1675, III, pp. 324 y 367; AZCÁRTE, J. M. de, 1953, I, pp. 400-402; BONET CORREA, A., 1966, pp. 344-358; CARBAJO, M., 1902; CARRÉ ALDAO, E., s. a., II, pp. 87-93; CARRO GARCÍA, J., 1953, pp. 2-4; CASTILLO, Á. del, s. a. (a); CASTILLO, Á. del, s. a. (b); CASTILLO, Á. del, s. a. (c), pp. 1063-1067; CASTILLO, Á. del, 1972, pp. 580-581; CASTRO FERNÁNDEZ, B. M., 2010, pp. 208-217; CLAVERÍA, J., 1935; COLOMBÁS, G. M., 1980; D'EMILIO, J., 2004, p. 318; ESSER, K. H., 1953, V, pp. 159-202; ESTEBAN CHAPAPRÍA, J. y GARCÍA CUETOS, M. P., 2007, II, pp. 303-311; FLÓREZ, E., 1792, XIX, pp. 31-36 y 367-421; FRANCO TABOADA, J. A. y TARRÍO CARRODEGUAS, S. B., 2002, pp. 90-101; GARCÍA IGLESIAS, J. M., 1993-1994, 4, pp. 135-139; GARCÍA LAMAS, M. A., 2006-2007, pp. 38-39, 51-72; GAUTIER DALCHÉ, J., 1986, pp. 71-94; GONZÁLEZ LÓPEZ, P., 1989, XXXVIII, pp. 217-227; GONZÁLEZ LÓPEZ, P., 1989-1990, 6, pp. 157-167; IGLESIA, A. de la, 1860-1861, I, pp. 49-52 y 65-67; JANAUSCHEK, L., 1877, p. 67; LÓPEZ FERREIRO, A., 1883, pp. 321-323; LÓPEZ FERREIRO, A., 1901b, pp. 418-431; LÓPEZ SANGIL, J. L., 2005a; LOSADA, M., 1926; LOSCERTALES DE G. DE VALDEAVELLANO, P., 1976; LUIENGO MARTÍNEZ, J. M., s. a.; MANRIQUE, Á., 1642, I, pp. 437-441; 1642, II, p. 193; 1659, IV, p. 607; MIGNE, J. P., 1855, CLXXXV, col. 341; OBERMAIER, H., 1927, XL, pp. 294-296; ORDÓÑEZ, S., 1998; PALLARES MÉNDEZ, M. C., 1979; PALLARES MÉNDEZ, M. C. y PORTELA SILVA, E., 1992, I, pp. 55-77; PALLARES MÉNDEZ, M. C. y PORTELA SILVA, E., 2001, pp. 209-241; PARDO FERRÍN, M., 1963-1964, 71-72, pp. 101-104; PORTELA SILVA, E., 1981; PORTELA SILVA, E. y PALLARES MÉNDEZ, M. C., 1979, II, pp. 51-71; PORTELA SILVA, E. y PALLARES MÉNDEZ, M. C., 1998, I, pp. 455-474; PORTELA SILVA, E. y PALLARES MÉNDEZ, M. C., 2000, II, pp. 10-57; SÁ BRAVO, H. de, 1966, pp. 17-23; SÁ BRAVO, H. de, 1972a, I, pp. 329-341; SÁ BRAVO, H. de, 1983, pp. 121-136; SÁNCHEZ CANTÓN, F. J., 1928, XXII, pp. 130-137; SARTHOU CARRERES, C., 1953, LVII, pp. 250-251; SUÁREZ GONZÁLEZ, A., 2009, pp. 39-59; TORRES BALBÁS, L., 1920a, III, pp. 10-11; TORRES BALBÁS, L., 1954; UNTERMANN, M., 2001, pp. 123-127 y 129-132; VALLE PÉREZ, J. C., 1981, pp. 13-17, 22-23, 25 y 31-49; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I, pp. 63-92; VALLE PÉREZ, J. C., 1986, pp. 100-103; VALLE PÉREZ, J. C., 1989, pp. 129-140; VALLE PÉREZ, J. C., 1974-1991d, XXVIII, pp. 194-196; VALLE PÉREZ, J. C., 1991a, XLIII, pp. 768-770 y 773-775; VALLE PÉREZ, J. C., 1991b, pp. 151-153; VALLE PÉREZ, J. C., 1991c, pp. 151-152 y 156-158; VALLE PÉREZ, J. C., 1994, VIII, n° 1, pp. 22-24; VALLE PÉREZ, J. C., 1998a, 5, pp. 159-185; VALLE PÉREZ, J. C., 1998b, pp. 35-38; VALLE PÉREZ, J. C., 1998c, pp. 3-6, 9-24 y 34-38; VALLE PÉREZ, J. C., 1999, III, pp. 1057-1061; VALLE PÉREZ, J. C., 2003, pp. 72-74 y 83; VALLE PÉREZ, J. C., 2008, pp. 140-141 y 144-14; VÁZQUEZ, J. de J., 1966; YEPES, A. de, 1613, IV, fols. 398-406.